

LA POLLA MÁS GRANDE
DEL MUNDO
y otros 69 cuentos



Patxi Irurzun



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

EL ESCRITOR NUESTRO DE CADA DÍA

Cuando lo que hacemos en esta vida —ya sea el pan que alimenta a los habitantes del pueblo de Zarraluki o bien una visita, no guiada, a los basureros de Manila para dejar constancia por escrito de las condiciones de extrema necesidad en que se desenvuelven muchos, demasiados, seres humanos— lo hacemos con amor o por amor a nuestros semejantes o a nuestro propio arte, ese amor, de algún modo, va más allá, mucho más allá de nosotros, es decir, se expande, alcanza a los que nos rodean y a los que no, y, de algún modo también, les hace la vida más fácil, más llevadera, les abre por así decirlo una puerta a la esperanza.

Patxi Irurzun pertenece a esa raza de escritores, cada vez más escasa, cuya literatura, por parafrasear a la poeta peruana Rocío Silva Santisteban, no está, nunca, fuera de sus presupuestos éticos y morales.

Esto ya ha quedado patente en escritos suyos anteriores, como su colaboración en el libro de fotografías *El Bulevar del Zope*, sobre la supervivencia en un vertedero de Ciudad de Guatemala; o en su reportaje sobre *El Mural Mágico de Taniperla*, en Chiapas, México; o en su desgarrador libro de viajes *Atrapados en el paraíso*, en el que el autor escribe la crónica, terrible, de su visita al basurero de Payatas, en Manila...

Y de nuevo queda patente ahora, en este libro de cuentos —muchos de los cuales se fogearon en las páginas de fanzines de

grapa y papel, como Vinalia Trippers, o digitales, como Borraska, o en suplementos culturales y antologías de relatos, como *Cuentistas*—, libro de cuentos este en el que Patxi, con un manejo envidiable tanto de las herramientas escriturales como de sus propias experiencias vitales, nos lleva desde un relato de corte autobiográfico a otro de carácter epistolar, desde un relato adscrito a la corriente del realismo sucio a otro que merecería figurar en toda antología sobre realismo mágico que se precie (relato este, *El pan nuestro de cada día*, que causaría la envidia del mismísimo Gabriel García Márquez), sin olvidarnos, por supuesto, de sus cuentos de humor ácido y corrosivo, en los que se ponen de manifiesto muchas de las carencias de nuestra época y de la sociedad en la que (sobre) vivimos.

En otras palabras: Patxi Irurzun escribe con amor y por amor. Por amor y compromiso con sus semejantes y por amor y compromiso con su arte. Y como ya sabemos o deberíamos saber, el amor al que yo me refiero tiene el efecto de un boomerang: alcanza a los demás, en el corazón, en la conciencia, y luego regresa a la mano del que lo lanzó, lo que en el caso de Patxi se traduce en el cariño y respeto de sus amigos y de sus lectores, en ese crío que, como me cuenta el propio Patxi: es la leche, habla mucho (todo lo contrario a ti, amigo mío, pienso y me sonrío) y, finalmente, en ese hogar (a su casa sí procede llamarla hogar) en el Paseo de los Enamorados en el que este escritor nuestro de cada día escribe libros tan importantes como esta colección de relatos.

David González

Noviembre de 2006

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA

Zarraluki es un pueblo pequeño, situado en lo más profundo del corazón de un valle de alta montaña, hasta el que sólo es posible llegar a través de carreteras secundarias, caminos o pistas forestales que se retuercen y estrechan como una maraña de lombrices. Cada lunes, si el pueblo no ha quedado aislado por la nieve, una furgoneta recorre el valle y reparte el correo, los periódicos... En Zarraluki el atentado de las Torres Gemelas ocurrió el 17 de septiembre, pero el pan que comen es calentito, crujiente, del día. Casi siempre. En Zarraluki hay una panadería, seis niños y una maestra y un panadero que son novios. Casi siempre. A veces esta pareja discute y Txema, el panadero, se encierra en su casa y echa la persiana de su tienda hasta que no se reconcilia con Julia, la maestra. Txema, el panadero, es todo un profesional y no se cree esas novelas de realismo mágico hispanoamericano de segunda hornada en las que se amasan magdalenas con lágrimas, ni que éstas después se convierten en animalitos en los corazones de quienes las comen. Txema lo que cree es que su trabajo es muy serio, tan serio que para hacerlo bien debe estar concentrado. Txema sabe que si abriera su tienda cuando discute con Julia su pan no sería el mismo, que necesita equilibrio en su vida para que los ingredientes, el tiempo de cocción, también se equilibren, y que de no ser así sus clientes se sentirían defraudados. En el fondo Txema, sin saberlo, piensa lo mismo que esos narradores hispanoamericanos, y en el pueblo sucede lo mis-

mo que en sus novelas, pues las riñas de esta pareja alteran por completo desde la dieta alimenticia de todos los zarralukitarras, hasta su estado de ánimo.

Por ejemplo a Julia, cuando riñe con el panadero se le avinagra el carácter y condimenta con él una ensalada de deberes para los seis niños del pueblo que los extravía por las capitales de Asia o pone a cocer en la cazuela de una división de once cifras sus risas infantiles. A los zarralukitarras les gusta oír el eco de las carcajadas de sus seis niños en las calles del pueblo porque cuando Txema y Julia discuten en las calles de Zarraluki en lugar de esas risas sólo se escucha un viento frío que silba como una serpiente venenosa, y dentro de las casas el pálpito, cada vez más lento, de los corazones asustados de los mayores, que oyen acercarse en pantunflas a la muerte arrastrando de su mano a sus padres, y a los padres de sus padres con su árbol genealógico hecho un hatillo de ramas a la espalda.

La panadería de Txema es, además, bar y estanco y cuando él y su novia discuten los zarralukitarras ni siquiera pueden ver esfumarse todo ese terror en las volutas de un cigarrillo o ahogarlo al fondo de unos vasos de vino, con lo cual las habitualmente cordiales relaciones entre los vecinos se vuelven extrañas, y en cada familia resucitan fantasmas que se sientan junto a la chimenea y cuentan historias de viejas disputas familiares por las tierras o de asesinatos y venganzas en guerras civiles.

En pocas ocasiones, por tanto, una pareja dispone de tantas personas dispuestas a solucionar sus crisis como esta. Cuando Txema y Julia discuten los zarralukitarras cortan las flores más lozanas de sus invernaderos y las envían a la casa de la maestra, o recolectan la miel más dulce de sus panales y la dejan a la puerta de la del panadero. Txema y Julia saben que son ellos y no su pareja quien lo hace, y a veces incluso hasta les indigna la idea de que su relación afecte de esa manera a tantas personas, que todas ellas puedan asomarse de una manera tan indiscreta a la misma, pero en el fondo se quieren y siempre terminan por reconciliarse, y es de esta manera

cómo Txema vuelve a abrir su tienda, y los zarralukitarras salen de sus casas, y los fantasmas y la muerte en pantunflas regresan a las suyas, y en las calles del pueblo se escuchan de nuevo las risas de los niños.

Zarraluki, en definitiva, es un pueblo que parece pertenecer a otro mundo, pues su vida depende por completo del amor.